

## Capítulo 1

*E*leanor Chivenham se estremeció, tumbada en la enorme cama. No había chimenea en su dormitorio y, para estar a finales de abril, hacía bastante frío. La ventana no cerraba bien, crujía y dejaba entrar una corriente constante de aire frío y húmedo, pero no era ésa la causa de sus temblores. Eran los ruidos que le llegaban desde los pisos inferiores de la casa de su hermano. Por el estrépito, las canciones estridentes y las agudas risas femeninas, sabía que se estaba celebrando otra fiesta licenciosa.

Casi cada noche durante los dos meses que llevaba viviendo en la estrecha casa de Derby Square ocurría lo mismo. Los días no eran mucho mejor, porque la vivienda siempre estaba sucia y viciada de la noche anterior y el personal era descuidado e insolente.

Eleanor echaba de menos su hogar, Chivenham Hall en Bedfordshire. Allí, su hermano, Lionel, la había dejado vivir en paz, hasta que finalmente había vendido la casa para pagar sus deudas. En realidad, no había llevado una vida lujosa, porque el miserable sueldo que Lionel le pasaba sólo daba para mantener a tres criados. Había quedado tan poco dinero para llevar la casa que habían terminado comiendo únicamente lo que ellos mismos cultivaban y reparando y arreglando el viejo edificio lo mejor que podían.

Sin embargo, había estado tranquila y se había sentido libre. Libre para leer en la biblioteca, para pasear por el campo y para visitar a los lugareños, a los que conocía de toda la vida. En Derby Square no había

libros por los que se interesaría una dama, ningún parque por los alrededores que se pudiera comparar al campo, y ningún amigo.

A veces se sentía tentada de huir a Bedfordshire y vivir de la caridad de los amigos, pero no lo haría. Al menos, no todavía. Porque, de acuerdo con el testamento de su padre, si abandonaba la «protección» de su hermano antes de cumplir los veinticinco, renunciaría a su herencia en favor de él. Eso le vendría muy bien a Lionel, estaba segura, porque ya había dilapidado la mayor parte de su patrimonio.

Al oír un chillido particularmente agudo, Eleanor se encogió todavía más y se cubrió con las finas mantas hasta las orejas. La pobreza de su hermano no era suficiente para moderar sus diversiones. ¿Podría soportarlo durante dos años más, hasta que tuviera el control de su propia vida? Casi nunca conseguía oponerse a Lionel. Su hermano engañaba a la gente con mucha facilidad, en particular a sus padres, y era muy hábil manipulándola para ponerla en situaciones que la desfavorecían.

Si Lionel hubiera vendido la propiedad del campo únicamente para hacerle la vida imposible bajo su protección, Eleanor debía admitir que lo habría conseguido.

Oyó el ruido de pisadas y risitas nerviosas en susurros al otro lado de la puerta. Salió de la cama para comprobar que tanto la puerta que daba al pasillo como la que comunicaba con el vestidor estaban cerradas con llave, como solían, y se tranquilizó al ver que estaba a salvo de la orgía. Sonrió levemente ante sus miedos. La segunda puerta llevaba tanto tiempo cerrada que la llave se había perdido.

Sin embargo, sabía que lo más inteligente era tomar todas las precauciones posibles. A pesar de que creía que había ciertos límites que su hermano no cruzaría para obtener su herencia, Lionel cada vez estaba más desesperado. Sin duda, las deudas se le estaban acumulando.

Lionel la había arrinconado hacía dos días para felicitarla por haber recibido una oferta de matrimonio.

—¿Quién ha podido hacerlo? —preguntó sorprendida—. No conozco a nadie.

—Vamos, vamos, querida hermana —respondió con una sonrisa de superioridad—. Alguna vez te he presentado a mis invitados, cuando no te escapabas presa de la timidez.

—No es la timidez —replicó ásperamente—, sino las náuseas lo que me hacen escapar, hermano.

Él se rió. Era su respuesta ante cualquier situación desagradable.

—Eres un poco exigente para ser una mujer que ya dejó atrás su juventud, Nell. Tienes veintitrés años, eres sumamente mayor y, sin embargo, te estoy ofreciendo una posibilidad. ¿No te gustaría ser una dama?

—Soy una dama —contestó—. Si hablas de matrimonio, te diré, hermano, que entre tus conocidos no se cuenta ningún caballero.

—Un conde, querida, no necesita ser un caballero. Lord Deveril está deseando cortejarte.

¡Deveril! Eleanor se estremeció sólo de pensarlo. Era el peor amigo de su hermano, si podía llamársele así. Era más bien la encarnación del mal. Después de todo, Lionel sólo tenía veinticinco años. Era egoísta y malicioso por naturaleza, pero nada más. A su entender, era Deveril quien había introducido la maldad en su vida en forma de borracheras, drogas procedentes de Oriente y mezquinas diversiones.

—Nunca me casaré con lord Deveril —había dicho con absoluta certeza.

Prefería morir.

—¡Qué arrogante! —había contestado él con desdén. Pero ella se había dado cuenta de que se había indignado. Deseaba que se realizara ese matrimonio—. Lord Deveril está acostumbrado a conseguir lo que desea, Nell, y estaría más predispuesto a ser amable si accedieras de buena gana.

—Ese hombre no sabe lo que es la amabilidad. Fíjate bien en lo que te digo, Lionel: la respuesta es no y siempre será no, independientemente de lo que hagas. ¡Nunca me obligarás a caer tan bajo!

Se estremeció ligeramente al recordar cómo se había resistido. Había sido una imprudente, mas lo había hecho movida por el miedo.

Miedo al cuerpo cadavérico, a los labios húmedos y a los ojos de serpiente de Deveril. Incluso olía como un cadáver. Sintió otro escalofrío. Prefería mil veces vivir bajo la dudosa protección de Lionel.

Una llamada a la puerta la sacó de sus pensamientos.

—¿Quién es?

—Soy Nancy, señorita Eleanor. Le he traído una bebida caliente. No creo que pueda dormir con este jaleo.

La muchacha mantuvo la voz todo lo baja que pudo, pero lo suficientemente alta como para hacerse oír a través de la puerta. Nancy era nueva en la casa. Era joven, bonita y, tal vez, astuta, pero la había tratado con respeto y le apetecía mucho tomar algo caliente. La chica tenía razón: no creía que pudiera dormir nada en las próximas horas.

Eleanor pisó la alfombra raída, temblando de frío a pesar de su grueso camión de franela, y abrió la puerta con cautela. Allí sólo estaba la doncella, con su cabello rojizo ligeramente despeinado y una taza cubierta en la mano.

—Gracias, Nancy —le dijo mientras cogía la taza—. Eres muy considerada. —Intentaba pagar la amabilidad con amabilidad—. Te aconsejo que no vuelvas abajo.

La chica se ruborizó, pero la miró con picardía.

—Debo hacer lo que diga el señor —contestó.

Su fuerte acento indicaba que había abandonado recientemente la vida en el campo para aprovechar las grandes oportunidades que le brindaba la ciudad.

Eleanor suspiró.

—Como quieras. Gracias de todas formas.

Sentía mucha pena por Nancy. Cuando ocurriera lo inevitable, la echarían y tendría que buscarse la vida como pudiera. Sin embargo, lo único que ella podía hacer era advertírselo. Cerró la puerta con llave y regresó corriendo bajo las mantas.

La cama era un agradable y cálido refugio contra el aire frío, y el aroma de la leche especiada le levantó el ánimo. Tomó un sorbo. Cielo santo, también había un poco de ron. Estaba demasiado dulce para su

gusto, pero era muy reconfortante y se lo bebió todo. Volvió a acurrucarse bajo las mantas.

La bebida la había relajado y pronto comenzó a dormitar, menos preocupada ya por los sonidos que procedían de los pisos inferiores. No estaba segura de si se había dormido o no cuando un ruido se coló en su conciencia.

El chirrido de una cerradura.

La puerta que daba al vestidor y que llevaba tanto tiempo sin usarse se estaba abriendo.

Horrorizada, Eleanor se dio cuenta de que los miembros le pesaban mucho y estaban débiles, y tenía la cabeza muy cargada. Veía borroso, a pesar de parpadear para aclarar la visión. Únicamente podía concentrarse en un solo punto, y con mucho esfuerzo. Se incorporó un poco en la cama con dificultad y vio que la chica, Nancy, se acercaba a ella.

—Me imagino que no está cómoda con esa trenza, señorita — murmuró mientras sonreía y empezaba a mover los dedos.

Aunque a Eleanor le habría gustado quejarse, requería demasiado esfuerzo. Si dormía con su largo cabello suelto, a la mañana siguiente estaría terriblemente enredado. Sin embargo, la muchacha sólo estaba intentando ser amable. Pero ¿qué estaba haciendo con los botones de su camisón?

Nancy la empujó con suavidad para que se volviera a acostar.

—Así, señorita. Es bastante bonita.

Eleanor dejó agradecida que el sueño la volviera a reclamar.

Mientras tanto, en el desordenado salón del piso inferior, se encontraba un nuevo personaje en el círculo de Lionel Chivenham a quien la noche le estaba pareciendo una pesadilla.

Christopher Delaney, lord Stainbridge, sólo quería pasar una velada tranquila en White's, pero al salir lo habían tomado en brazos, no se le ocurría otra manera de expresarlo, Chivenham y algunos de sus

compinches, que celebraban alegremente el final de Napoleón y el regreso al poder de los Borbones. Como no era amigo de la violencia, no había visto modo de desembarazarse de ellos. Después de todo, Chivenham y él habían compartido curso en Eton, aunque nunca le había gustado ese hombre.

A pesar de que había permitido que lo arrastraran a la casa de Chivenham, le había bastado una sola mirada a los invitados para querer marcharse de inmediato. Sin embargo, para su sorpresa, había encontrado un espíritu afín, un francés al que le interesaban la porcelana china y el arte casi tanto como a él. Sin darse cuenta, el tiempo había pasado rápidamente y habían bebido bastante vino mientras hablaban de sus gustos comunes.

Analizaron algunos objetos selectos que *monsieur* Boileau había llevado para que los estudiara sir Lionel. Tuvo que pasar un tiempo hasta que lord Stainbridge se preguntó por qué un ignorante endeudado como Chivenham estaría interesado en valiosos objetos de arte.

Sir Lionel se acercó para unirse a ellos y cogió un elegante caballo de jade.

—Una pieza deliciosa, ¿verdad, Stainbridge?

—Exquisita.

Lord Stainbridge sintió que no pronunciaba la palabra con la precisión que habría deseado. Temía estar ligeramente ebrio, un hecho de lo más inusual, porque se moderaba mucho con la bebida.

—¿Exquisita como un grácil muchacho, Stainbridge? —preguntó lord Deveril, un hombre repugnante.

Lord Stainbridge sintió un ligero estremecimiento de miedo. Levantó la mirada y vio que era el blanco de miradas maliciosas. Incluso *monsieur* Boileau le sonreía con cinismo.

Se dio cuenta de que el cerebro no le funcionaba con la rapidez que solía. No se veía capaz de responder con ingenio.

—No —dijo, refugiándose en el laconismo.

—Tal vez tenga razón —respondió lord Deveril afablemente—. Algunos de esos deliciosos jóvenes son incomparablemente hermosos,

¿no cree? —Se inclinó hacia delante como si le fuera a hacer una confidencia—. Como los que hay en cierta casa de Rowland Street.

Lord Stainbridge intentó no mostrar el pánico que sentía. Lo que estaban sugiriendo era una tremenda ofensa y, aunque su posición social lo protegiera, nunca podría sobrevivir al escándalo.

No podía pensar con claridad. Y lo más alarmante era que se sentía como si un desconocido le hubiera invadido la mente y le estuviera diciendo que ya no importaba nada de eso. ¡Seguramente no se debía sólo al vino!

Se levantó con decisión para marcharse y sus sospechas se vieron confirmadas. Tenía bastante control sobre sus músculos. Su mente era la que no funcionaba bien. De alguna manera, cuando Chivenham le rodeó los hombros con un brazo, se encontró acompañándolo sin resistirse.

—No sea tímido, amigo. Mire, tenemos algo especial para usted.

Lord Stainbridge se halló cara a cara con el joven encantador que había conocido recientemente en cierta casa de Rowland Street.

El muchacho tenía unos ojos castaños increíblemente grandes rodeados de largas pestañas, y conservaba la capacidad de sonrojarse. El joven Adrian le sonrió con el aparente placer genuino que había atraído al conde al conocerlo, pero aunque le costó un gran esfuerzo, lord Stainbridge no respondió. Un terror frío le atenazaba el corazón.

—Me temo que ha cometido un error, Chivenham —dijo, agradecido de haber recuperado algo de control sobre su cerebro—. Me gustan las mujeres. He estado casado, ya lo sabe.

—Mis disculpas, Stainbridge. —Sir Lionel parecía sinceramente arrepentido y lo alejó del joven desconcertado—. ¡Me han informado terriblemente mal! Solamente deseaba complacerle, ya que ha sido tan amable de disfrutar de mi hospitalidad. Debo enmendarlo —afirmó con entusiasmo—. ¡Ya sé! Tengo una preciosa dama en el piso de arriba, una virgen nada menos, ansiosa por complacerme. Se la cedo.

Se dio la vuelta para anunciar su generosidad a la multitud que había en la estancia. Lo aclamaron estrepitosamente.

Lord Stainbridge se sentía como si estuviera en el infierno, rodeado de caras sonrientes y burlonas a las que la luz parpadeante y las volutas de humo que procedían de la chimenea y las velas daban un aspecto macabro.

Estaba perdiendo otra vez el control sobre la mente. Lo único que quería era marcharse.

—Es usted demasiado amable. No hay necesidad de hacerlo. Estoy seguro de que...

—En absoluto, querido amigo. Me sentiré desolado si no la acepta. —Sir Lionel lo llevaba a la puerta—. Después de todo, algunos de esos caballeros podrían malinterpretar mis anteriores palabras. Si cumple con la joven, ¿qué podrán decir? Venga conmigo, por favor.

—¡Sí! —gritó alguien—. Enséñale lo que tienes. No me gusta pensar que he estado bebiendo con un jugador de backgammon.

—Ya lo ve —dijo sir Lionel, afligido—. Y todo es culpa mía. Demuestre que están equivocados, querido Stainbridge, y le regalaré ese precioso caballo que ha sido la causa de todos los problemas. —Cogió el caballo y lo levantó tentadoramente—. Exquisito como una grácil mujer, ¿verdad?

—Sí. Sí, por supuesto.

Solamente había querido mostrarse de acuerdo con la descripción, pero de alguna manera se dejó guiar fuera de la habitación sin oponer resistencia. Parecía mucho más fácil acceder a todo. Podría cumplir. Su breve matrimonio había demostrado por lo menos eso. Y el jade era soberbio. Merecía un hogar mejor que aquél...

Eleanor volvió a recobrar la consciencia cuando otro ruido penetró su mente embotada. Levantó la mirada e intentó enfocar la vista. Allí estaban su hermano y un desconocido mirándola, dos siluetas vacilantes a la luz de una única vela casi consumida. El desconocido era alto, pálido y esbelto. Tanto él como Lionel parecían estar al final de un largo túnel, algo muy extraño porque la habitación era bastante



pequeña. Vio con horror que lord Deveril también entraba en el cuarto.

Escuchaba sus voces como si procedieran de muy lejos. Intentó hablar, pero le resultó imposible.

— Ahí tiene — dijo su hermano arrastrando las palabras debido al alcohol—. Una dulce virgen. Estoy seguro de que está deseando demostrarles a esos burlones que es un verdadero hombre. Y, además, está el caballo. Cumpla con la chica y se llevará el jade, ¿de acuerdo? ¡Sí! ¡Gane el jade! ¡Ja! — Cayó en un paroxismo ebrio de alegría—. Si no lo consigues... Bueno, eso no sucederá, ¿verdad?

Su hermano se tambaleó hacia delante, o tal vez fuera así como lo veía Eleanor, y se apoyó en el poste de la cama. Tenía suelto el pañuelo del cuello y, la camisa, torcida. Al adelantar la cabeza, de repente su cara redondeada le pareció grotescamente grande y deformada. Vio un brillo malévolamente triunfal en sus ojos y gimió levemente.

— No... no parece muy dispuesta — dijo con voz pastosa el segundo hombre, acercándose.

No era tan alto después de todo, y tenía las manos y la cara estrechas, como las de un santo... ¿o era sólo como ella lo veía? Era un sueño de lo más peculiar.

— Está nerviosa. Es virgen, ya se lo he dicho. Está lo suficientemente dispuesta, no se preocupe. Vamos, muchacha — dijo Lionel en voz alta—. ¡Si has cambiado de opinión, levántate, vete de aquí y no vuelvas!

Completamente horrorizada, Eleanor obligó a cada músculo de su cuerpo a bajar de la cama. Si era necesario, se arrastraría para salir de ese dormitorio y de aquella casa. Sin embargo, lo único que consiguió fue inclinarse hacia delante en una burlona invitación putesca, con el largo cabello castaño flotando a su alrededor y ofreciendo un seductor atisbo de sus pechos gracias al camisón desabrochado.

Lord Deveril se acercó y soltó una risita mientras le bajaba un poco más el camisón, con ojos brillantes.

— ¡Ésta es mi chica! No decepciones a este caballero tan refinado.

Pero no te preocupes: si no cumple contigo, hay muchos más abajo que sí lo harán. Te ganarás el sueldo muy pronto.

Su hermano y él se rieron estrepitosamente y salieron de su vista.

Sus brazos cedieron. Volvió a hundirse en la cama a la vez que su violador se quitaba la ropa.

Se cernió sobre ella con mirada salvaje a la tenue luz. Ella consiguió articular sólo dos palabras con una lengua que parecía haber aumentado de tamaño. Un débil «Por favor».

—De acuerdo, de acuerdo —murmuró él, y apartó la ropa de cama.

Eleanor sintió el aire frío sobre la piel, lo que la convenció de que aquella pesadilla era real. El horror la inundó, se incrustó en su mente como si tuviera garras. Intentó moverse de nuevo.

Él miró con seriedad su camisón.

—¿Éste es el nuevo estilo de las putas? ¡Dios todopoderoso! —Comenzó a desabrochar torpemente los botones y ella levantó una mano para detenerlo. El hombre se la apartó—. Yo lo haré.

Rasgó la prenda raída por delante.

Eleanor se sintió caer a un profundo pozo de oscuridad, y lo agradeció.

—¡Eres como una maldita muñeca de trapo, puta! Vamos, gánate el sueldo. ¡Compláceme!

Sintió unos punzantes soplos de aire en las mejillas que la sacaron de la agradable oscuridad, pero no podía hacer ningún movimiento. Le separaron las piernas y la oscuridad que acechaba en los bordes de su mente volvió a amenazar con invadirla. Sintió un peso sobre ella. Oyó que alguien murmuraba una imprecación y volvió a perder la consciencia.

Un dolor agudo la hizo volver en sí parcialmente. Oyó un grito amortiguado y se dio cuenta de que era suyo. Abrió los ojos de nuevo e intentó suplicar clemencia. Durante un instante vio la cara monstruosa jadeante que aparecería en sus pesadillas desde hacía meses. Entonces la negrura salvadora regresó y se quedó con ella...

Eleanor no se dio cuenta del buen humor de su hermano cuando cedió la preciosa pieza de jade, deshaciéndose en disculpas. Tampoco oyó la conversación entre lord Deveril y él cuando lord Stainbridge se hubo marchado.

—Es una pena que nos haya confesado sus verdaderos gustos —murmuró sir Lionel—. Habría sido un recurso muy útil.

—Encontraremos otro —respondió lord Deveril con serenidad.

—Me sorprende que hayas renunciado a ese placer. —Sir Lionel señaló la cama—. Cualquier prostituta habría servido.

Lord Deveril se acercó y estrujó un pezón que quedaba al descubierto con dedos sucios y huesudos. El cuerpo yacía inmóvil sobre la cama.

—¿Qué diversión hay en esto? Antes de esta noche pensaba poseerla drogada, como está ahora, o violarla, aunque soy demasiado viejo para estos juegos. Pero creo que mañana te darás cuenta de que estará mucho más dispuesta a tener en cuenta mi oferta de matrimonio. Cuando sea mi esposa y esté en plenas facultades, gozaré con ella. Disfrutaré más su odio cuando se vea obligada a ocultarlo. Y es posible que saquemos provecho de lo que ha ocurrido esta noche. Nuestro cabecilla es un experto en sacar beneficios de las situaciones más inverosímiles.

Cubrió a Eleanor con una sábana.

—Cuida bien a mi prometida, Chivenham —dijo con una sonrisa escalofriante—. Volveré mañana con el anillo.

Esa misma noche, en París, Nicholas Delaney, el hermano de lord Stainbridge, estaba arrodillado junto al cuerpo de un inglés conocido suyo. Se había dado cuenta enseguida de que no se podía hacer nada. Había visto morir a muchos hombres y sabía que la respiración fatigosa y los latidos irregulares de Richard Anstable no iban a durar mucho más. El hombre también había perdido mucha sangre.

Nicholas iba de regreso a Inglaterra desde India y había aprove-

chado que Napoleón había abdicado para visitar París, una ciudad que había estado cerrada a los ingleses durante toda su vida. Se había quedado allí varias semanas por diversas razones, y la menos importante no era que pensara que en ese momento debía estar en casa. Le parecía apropiado darse un respiro antes de tomar una decisión trascendental y, además, los aires fascinantes de la capital francesa no parecían molestar a su «séquito».

No estaba del todo seguro de cómo había conseguido a sus tres compañeros: Tim Riley se le había unido en Pune; a Georgie Crofts, a quien solían llamar Shako, lo había recogido en el Cabo; y a Tom Holloway, un anciano compañero de viaje, lo había encontrado en Italia. A Tom le gustaba la compañía, pero Nicholas sabía que para los otros dos él era sólo su billete para llegar a casa. A Tim lo había debilitado la fiebre en India y Shako era un marinero que había perdido el brazo derecho. Ambos se habían convertido en leales asistentes. Nicholas esperaba que dejaran de ser tan embarazosamente leales cuando los llevara a su tierra.

Se había encontrado con Richard Anstable tres días atrás. Lo había conocido un poco y le había gustado pasar un par de noches en su compañía. Richard era uno de los pocos diplomáticos enviados a París y Nicholas sospechaba que su trabajo no estaba tan relacionado con las negociaciones de paz como con localizar a partidarios bonapartistas. Eso parecía algo inútil ahora que el emperador había abdicado y se había exiliado a Elba, pero ya se sabía que los gobiernos eran recelosos.

Nicholas no había esperado toparse con la violencia en compañía de aquel joven apacible y rechoncho. Había acudido a las habitaciones de Richard para jugar unas manos de piquet y lo había encontrado de aquella manera.

Pobre Richard. Alargó una mano y le apartó al moribundo el bello castaño claro de la frente.

Richard abrió los ojos, aunque Nicholas estaba seguro de que no podría ver mucho.

—Soy Nicholas, Richard. Quédate quieto. Buscaré ayuda. Sería inútil, pero tenía que decirlo.

El hombre cerró los ojos y movió los labios.

—Tres. Es Tres... Díselo a ellos.

—Se lo diré —le prometió, y aventuró—: ¿La embajada?

Richard sonrió levemente, jadeó y expiró.

Nicholas sintió que la pena y la rabia lo invadían. La muerte era algo absoluto. Un segundo antes allí había un hombre y ahora sólo había un cadáver. Richard Anstable solamente había sido un desconocido, sí, pero era un joven agradable con el don de saber disfrutar la vida. Deseó saber quién se la había arrebatado, quién le había disparado sin compasión dos veces en el pecho. Y por qué.

Lo menos que podía hacer era llevar su mensaje a la embajada. Tres. ¿Richard estaba hablando francés? En francés, *très* significaba «mucho». ¿O tal vez era un nombre? A lo mejor alguien lo sabía, y tal vez pudiera hacer algo a quien hubiera matado a Richard Anstable.